

Jueves 18 de Junio de 1840.

EL ENTREACTO.

PERIODICO DE TEATROS,
LITERATURA Y ARTES.

Seis Jueves y Domingos. Los suscritores reciben gratis todos los meses un drama nuevo, y una hermosa estampa, y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en la calle de Precados, núm. 19. Los que se suscriben por trimestre reciben además otra estampa bonita, grabada en acero, la cual les será repartida de tiempo en tiempo, igualmente gratis.

Se suscribe a 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 24 para las provincias franco de porte.
Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8. En las provincias en todas las principales librerías y administraciones de correos.

EL FRAC.

(Conclusion.)

— Cuando llegué a casa de mi amada, me dijeron que cansada de esperar se había dirigido a la mia, en union con su amiga y un hermano de esta que con arreglo a lo convenido la habían ido a buscar con el coche del baron de X. Oír esto, y echar a andar otra vez, todo fue obra de un momento. Ella y yo habitamos en dos extremos de Madrid; así es que por mucha prisa que me diese no me era posible llegar a casa sin emplear media hora en el camino. Llegué por fin hijadeando, y cuando pregunté a mi patrona si había venido un coche a buscarme, me contestó que sí, pero que habiendo ella dicho a los que dentro venían que había yo salido de casa, se volvieron por el mismo camino que habían traído. — ¿Y porque no les dijo vd. que se esperasen? le pregunté enojado. — ¡Acaso, contestó mi patrona, me encargó vd. que se lo dijese! — La observacion era justísima y no repliqué, mas no por eso dejé de preguntarle que clase de gente era la que había venido en el coche. — Alabo la serenidad! me dijo la vieja: ¿he de saberlo yo si vd. no lo sabe? — Yo me entiendo, patrona. Me han dicho que eran dos damas y un joven que venia con ellas. — Si señor; eso es; y por cierto que el jovencillo se mostraba afectuoso con una de ellas. — ¿Que es lo que dice vd.? — Yo! nada; que si las señas no mienten deben estar perdidamente enamorados. — Virgen del Tremedal! Ah! dígame vd. patrona... la dama de quien vd. habla ¿que señas venia a tener? — Era alta, delgadita, un si es no es descolorida. — Puntualmente: alta, delgada, un si es no es descolorida, lo mismo poco mas o menos que la otra. — Ah, no, no! vd. se equivoca: la otra no es tan bella, la otra no vale un comino a su lado. — Eso es lo que le iba a decir a vd.: aunque las dos son iguales, la que vd. dice es mucho mejor que la otra... si por cierto; infinitamente mejor. — Patrona, vd. miente: si era tan bella como vd. dice, es imposible que se mostrase tan afectuosa con ese joven: sería la otra, y no ella. — Yo le diré a vd. bien puede ser que fuese la otra, porque como las dos son tan parecidas... — ¿Y como había de ser la otra, siendo hermana de ese jovencillo? No señora: la que vd. dice es la primera, la mas bella de las dos: los hermanos no se quieren así. — ¿Sabe vd. señor Don Yo, que no entiendo una palabra de lo que vd. me dice? — Ni yo un solo acento de esa maldita charla. ¿Que no se la lleve a vd. el demonio!

Y diciendo esto, volví a bajar la escalera, llena el alma de celos y desesperacion. Las señas que la patrona me habia dado, no eran a la verdad para tanto; pero ¿que quieren vds.? Por mucho menos que eso se han ahorcado mas de cuatro.

Héteme otra vez cruzando a Madrid, y otra vez llamando a la puerta de la que entonces apellidaba yo in-

grata y alevé y fementida, con los demas epitetos que ocurren en tales casos.

— ¿Ha vuelto el coche? pregunté con tono desabrido.

— Si señor! me contestaron desde el balcon: pero hace ya media hora que han marchado al baile.

— Al baile!

— Si señor! Como no le han encontrado a vd. en casa, y como su patrona de vd. les dijo que se había vd. dirigido a casa del baron de X, han dicho para si: vamos allá... y se han ido.

— ¿Pero no les han dicho que he estado aquí?

— Si señor, me contestó la voz que me hablaba desde el balcon; pero como vd. se ha marchado inmediatamente, y como no ha dicho vd. donde iba, hemos creído todos que no podía ser sino al baile, y...

— Maldito sea el baile, y mi patrona, y el coche, y la voz que acaba de hablarme!

Dije: y sin detenerme un momento, me dirigí a casa del baron. Aquí hay complot, no hay remedio: los perdidos estan interesados en que no nos reunamos esta noche... pero se llevan chasco. ¿Green acaso que no tendré valor para presentarme en la sala por ser un desconocido? Se han engañado; han cometido la imprudencia de dejar el billete en mi poder, y con el billete tengo entrada abierta. Hoy va a suceder una catástrofe.

Tales eran las reflexiones que iba haciendo yo conmigo mismo, sudando la gota tan gorda. Sonaron en esto las doce, y dos minutos despues estaba yo subiendo la magnífica escalera de la casa del baron. Dos horas se me habían pasado andando y desandando calles, hecho un azacán. *Malediction sur le frac!* Toda la culpa la tenía él; pero aun faltaba lo mejor.

Cuando concluí de subir la escalera, juzgué oportuno detenerme un momento para dar lugar a serenarme, pues era tal la agitacion que reinaba en mi rostro, que me era imposible entrar en el salon sin llamar la atencion de las gentes. Descansé pues unos cuantos minutos... pero digo mal, porque mi descanso fué un suplicio continuo. La música desgarraba mis oídos, y la alegría que reinaba en el salon era una tortura para mí. La pérdida estaba bailando, mientras yo me consumía de rabia.

No pude sobrellevar un tormento tan áspero, y así, haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, arregléme el pelo lo mejor que pude, limpiéme el polvo de las botas; y acabé de engargarme el sudor. Dí mi billete en la puerta, y entré en la antesala afectando toda la serenidad posible. Allí encontré varios conocidos y amigos a quienes ni siquiera saludé. No dejaron ellos de pasmarse al verme en su compañía. ¡Aqui non vo! dijeron algunos: ¿qué santo le trae por aqui?... Qué diablo, diriais mas bien, refunfuné entre dientes; y sin dirigirles una sola mirada, me encaminé al salon. Pero ¡oh desventura! ¡oh desdicha! Los introductores que estaban en la puerta, me dicen, pidiéndome mil perdones, que les es imposible permitirme la entrada.

— ¿Cómo es eso? les dije alterado.

—Caballero, lo sentimos mucho; pero tal es la orden, y no podemos contravenir a ella.

—Eso es una broma, señores. Soy un convidado como los demás, y....

—No lo dudamos, puesto que ha llegado vd. hasta aquí; pero viene vd. de levita, y ese no es traje de sociedad.

—Sí... en efecto... es verdad... pero... ya ven ustedes... cada uno viene con Quiero decir... como uno tiene tantas distracciones, se me ha pasado por alto ponerme el frac y esto no quiere decir que ustedes... en fin... la etiqueta lo exige, y por lo demás...

No pude concluir: las palabras salían truncadas de mi boca y no era posible coordinar una mala respuesta. Todo era representarse mi frac colgado del clavo, la patrona encapajándose el belón encima, y sobre todo aquellas malditas expresiones: *los que no tienen quita y pon no debieran ir nunca al baile*.

¿Pero como sufrir el tormento de permanecer en la antesala, mientras Ella estaba danzando en compañía de mi rival? Lo primero que me ocurrió fue llamar a la ingrata, pero esto no me satisfacía, porque era mejor sorprenderlos cuando más embebecidos estuviesen. Hacer salir a mi rival no me placía tampoco: ¿qué pruebas tenía yo de su traición? Las señas que la patrona me había dado eran tan equivocadas, que hasta desengañarme no era prudente habérmelas tiesas con él. Era preciso pues penetrar a toda costa en el salón; pero cómo verificarlo?

Mientras mi imaginación iba discurriendo y combinando mil medios diferentes, los amigos y conocidos que tenía en la antesala la desampararon completamente y se dirigieron adentro, no sin reírse de mi murria cuando pasaron por delante de mí. Tras ellos siguieron los demás que habían salido a fumar un cigarro, siendo el motivo de aquella deserción haber comenzado la música a tocar un vals, en el cual querían tomar todos parte. Quedé solo pues, pero esta soledad duró poco. Un joven como de edad de 18 a 20 años entró en la antesala con un bulto debajo del brazo, no sin alguna oposición por parte de los que estaban en la puerta, los cuales, dirigiéndome una mirada le permitieron entrar.

—Caballero, me dijo el reciénvenido, dirigiéndome la palabra en voz baja. He visto desde la escalera que no le han permitido a vd. entrar en el salón por la sencilla razón de no venir en traje de etiqueta.

—¿Y qué tenemos con eso? le dije con acritud, admirado de aquella familiaridad.

—Diré a vd., me contestó: yo vivo en la boardilla de arriba, y soy aprendiz de sastre, y traigo aquí dentro de este pañuelo un frac que le ha de venir a vd. pintado. Es un frac que me ha entregado mi amo esta noche para llevarselo mañana a su dueño, y si vd. me diera una pequeña gratificación, no tendría inconveniente en prestarcelo a vd. un par de horas.

—Joven providencial! le dije: el cielo te ha traído aquí. No sabes el favor que me haces. Pero, ¿y si el frac no me viene bien?

—Nada le cuesta a vd. probárselo, me contestó: entremos en ese saloncillo inmediato, y...

—Pero que diran los que están a la puerta, cuando me vean ponerme un frac que no es mío?

—No le da a vd. cuidado: todo lo he previsto, y he ocurrido a todos los inconvenientes: les he dicho que era vd. mi amo y que venía a traerle el frac.

—Admirablemente! le dije: y entrando en el saloncillo, me quitó la levita y me puse el frac que me sentaba divinamente. El a la verdad estaba bastante raído, pero aunque inferior a mi levita por lo que respecta al paño, era superior a ella en aquella ocasión, puesto que me proporcionaba lo que tanto apetecía.

—Espérame aquí, dije al muchacho, poniéndole un napoleón en la mano y dejando en su poder mi levita: dentro de media hora a lo mas, estoy de vuelta.

Dije, y entré en el salón. ¡Ay de la ingrata si por desdicha suya la encuentro mano sobre mano con mi aborrecido rival! ¡Ay de mi rival si noto en él la menor señal de haberle merecido el mas pequeño favor!

Tales eran mis infusas mientras iba discurriendo por la sala. Mis ojos buscaban con avidez a los que tan mal rato me daban: cuantas señoritas via, me parecían altas, descoloridas y esbeltas: cuantos jóvenes acertaba a descubrir eran para mí tantos rivales. Mi vista, corta de suyo, lo era mas aquella maldita noche en que la anublaban los celos. Y sin embargo ni di con mi amada, ni con su amiga, ni con el hermano de su amiga. Pregunté por las damas, y me contestaron que no habían parecido por allí, y que el único que había estado era el que yo creía mi rival, y esto con el solo objeto de decir que no esperasen ni a su hermana ni a su amiga, por hallarse indispuesta la última.

¡Malditos celos! exclamé interiormente. ¿Es posible que haya podido sospechar de le fidelidad de mi amada? Ella se ha abstenido de venir por la sola razón de no acompañarla yo, y siendo mia la culpa, me he atrevido a dudar de su cariño! Ah! yo la pediré mil perdones.

Dicho esto, y sin detenerme ni aun a saludar al Barón, me dirigí fuera de la sala, al mismo tiempo que uno a quien yo no conocía entraba por la puerta en mangas de camisa.

—Ya he recobrado mi frac! exclamó, agarrándome por el cuello. Mi frac, el frac que acaban de robarme en la calle...! he recobrado mi frac.

Juzguen mis lectores cual me quedaria yo al oír semejante exabrupto. Todos los concurrentes se agruparon en torno nuestro, siendo mi posición la mas graciosa del mundo. Yo llamaba como un desesperado al pretendido aprendiz de sastre, el pilluelo que me había traído el frac, pero en vano. El tino había desaparecido. No era eso lo peor, sino que se me había llevado la levita. Cuando las gentes supieron el chiste, chiste que me vi en precisión de confesar, no podían tenerse de risa. El despojado era el hijo del Barón que venia de otra tertulia, y acababa de ser acometido por tres hombres que en unión con el aprendiz de sastre le aliviaron del peso del frac, amen del dinero y reloj.

Mis celos habían sido infundados, puesto que mi querida se había negado a ir al baile, viendo que yo no la acompañaba. *Malediction sur le frac!* Una, dos y tres veces *malediction sur le frac!!!!!!*

DON YO.

LA DRAMOMANIA.

Piron que ni siquiera fue académico, tuvo tiempo, no obstante sus ocupaciones erótico-líricas, para escribir una linda comedia contra la manía de hacer versos, y es lastima que no tengamos nosotros otro nuevo Piron, aunque fuese académico, que escriba hoy contra ese terrible furor de componer dramas, furor de que se sienten animados en el día todos los jóvenes, cual mas mas, cual menos.

Antes de nuestra guerra actual estaba en voga el escribir ó traducir novelas. La novela era la reina absoluta de la literatura: todos se afanaban por tener una novelita original, aunque fuese calcada sobre un argumento de Walter Scott; todos representaban en un tomito en 8º regular, los padecimientos de las almas que no se han comprendido, los delirios de pasiones desconocidas, amargas desesperaciones y desprecios aun mas amargos. Entonces era el tiempo de la literatura alcohólica, vitriólica, hiperbólica y parabólica, porque aun no se había inventado la literatura sintética.

En el día no existe la novela. El público se ha cansado de comprar esa droga perpétua, esa fastidiosa mercancía, ese horrible cúmulo de crímenes y virtudes, de pálidos cuadros de costumbres, de paisajes sin perspectiva que los editores arrojaban a los ojos con el nombre de poesía de observación y de filosofía; y el público la ha desechado de un modo tan solemne que no la ha querido recibir, ni aun de valde: así ha fenecido la novela desde que todo el mundo ha querido ser novelista, y ha tenido que acogerse como un miserable mendigo a los

folletines de los periódicos, donde aparece pálida, descarnada, casi desnuda de las galas de que antes hacía alarde; en una palabra, mostrando en su frente el sello de la reprobación universal.

La imaginación de los literatos, desviada de las novelas, se ha vuelto hacia el teatro. Sus manos se han adiestrado en revolver las vetustas y apolilladas hojas de los crónicas; sus ojos han descifrado los góticos caracteres, y su lengua ha quedado pegada al paladar, a consecuencia del polvo que se les ha introducido por la boca.

Han colocado su asiento al lado de Melpomene, empujándose cada cual en apoderarse de esta Musa y en disfrutar exclusivamente de sus inspiraciones. Apenas habrá joven que no lleve en el bolsillo ó en la cabeza un drama corriente, ora sea original, ora traducido, ora imitado... Pero qué drama! Aquel lleva en un rollo de papel toda la edad media con sus ardientes pasiones, con su viva fe, sus alabardas, sus torneos, sus trovadores, sus escarcelas y sus castellanías: este ha acumulado en cinco actos, todas las hajezas, corrupciones, é infamias de la edad moderna; sus personajes son abstracciones, alegorías y símbolos; son el alpha y omega del teatro, el *hic* de la moral, el non plus ultra de la psicología; son la lógica en prensa, la pasión neumática.

¿Le mato ó no? exclamaba un día un cierto joven amigo mío, con tono colérico.

—¿Qué? ¿le han desafiado á vd? le dije yo.

—No señor.

—Pues de quien habla vd?

—De Ascanio Petrucci.

—No le conozco.

—El rival de Stenio.

—¿Aún ni enojo.

—Mejor será matarle con veneno que á puñaladas.

—Ni de un modo ni de otro. ¿Está vd. loco, sabe vd. á lo que se espone?

—Es necesario que muera para que se salve el honor de Adela.

—El honor! Adela! vd. me confunde; ¿quién es Adela?

—La hermana de Julio. Ah! sí, sí; es preciso que muera, y le mataré: solo así puede tener buen desenlace el drama.

—El drama! exclamé: ¿con que me habla vd. de un drama? vaya que me ha dado vd. una pesadumbre....

En efecto, mi amigo no era mi amigo, no estaba en la tierra, sino que vivía con Gregorio Stenio, con Ascanio y otros florentinos: todos sus pensamientos se dirigen á ellos; mi amigo es un drama ambulante.

De lo dicho resulta, que así como ha muerto la novela á causa de volverse todo el mundo novelista, y publicarse multitud de malas composiciones en dicho género, podrá suceder también que muera el drama por volverse todo el mundo dramaturgo, y por publicarse y representarse dramas pésimos.

Un periódico futuro,

ó el director de un periódico que aun no existe.

Uno de los medios que ha suministrado este siglo para poder vivir cómodamente sin trabajar, uno de esos arbitrios ó estratagemas que truncan las boardillas en palacios, los ayunos en espléndidos banquetes y la oscuridad y aislamiento en brillo y aduladora sociedad, es el de fingirse uno periodista futuro, ó sea director de un periódico que solo existe *in fieri*.

Don Crispulo Cedron, varon de prendas muy aventajadas, puesto que tiene seis pies de estatura y tres de diámetro ó llamémosle grosor, se hallaba á la edad de treinta años dando fin al mediano patrimonio que su padre le había dejado. Su apurada situación le había reducido á vivir en una boardilla miserable, donde, amen de las incomodidades propias de tan estrecha y elevada vivienda,

añadaban sus amarguras las continuas visitas del sastre, zapatero y demás acreedores, los cuales le pedían altivamente y sin piedad el pago de sus cuentas abiertas seis meses hacia. Don Crispulo en tal apuro meditaba un arbitrio capaz de remediarlo todo. Su naturaleza apática y la tranquila y sosegada vida que hasta entonces había llevado, le impedían dedicarse á ningún trabajo corporal, y su escasa inteligencia y falta de ilustración, hacían también imposible que se diese al cultivo de las letras. Así pues, todas sus cavilaciones fueron infructuosas; porque á la verdad no era muy fácil resolver este problema. «Encontrar medios de vivir figurando en la sociedad, sin trabajar ni corporal ni mentalmente.»

Pero una mañana se levantó con recogimiento semblante cual si una idea halagüeña se presentara á su imaginación, y dándose una palmada en la frente, exclamó entusiasmado, «¡venci al fin! el difícil problema está resuelto.»

En efecto, en menos de cinco días consiguió que un periodista conocido suyo le insertara en su periódico un aviso redactado con palabras sesquipedales, en que se anunciaba la publicación de un periódico diario que debería ver pronto la luz pública (aunque no se designaba día fijo) con el título de *El elefante*, dirigido por don Crispulo Cedron, literato eminente, escritor en las *hojas* extranjeras y ventajosamente conocido en Alemania y en otros países extranjeros, quien invitaba á la juventud ilustrada á inscribirse en la lista de sus redactores.

¡O poder del ingenio humano! ¡oh efecto alucinador de cuatro líneas impresas con letras extravagantes y redactadas en gongorino é ininteligible estilo! Los acreedores de don Crispulo ya no eran acreedores; sus palabras duras se habían convertido en cortesías y generosos ofrecimientos. Va á establecer un periódico, decían, se va á dar á conocer: ¿quién sabe si llegará á ser ministro? Ah! entonces... por bien empleado el trabajo de seis meses. Un poco mas de paciencia y tal vez labremos así nuestra dicha. Tal fue el efecto que produjo el anuncio á las veinte y cuatro horas de publicado: veamos los que causó pasados quince días.

En una habitación principal de una casa de suntuoso aspecto, situada en una de las calles principales de Madrid, se veía un señor de arrogante presencia, arrellanado en un mullido sillón de resorte, cual pudiera estarlo el mas indolente sultán, y rodeado de multitud de jóvenes apenas con bozo en la barba, los cuales estaban ocupados en comparar los poetas y escritores de todas las naciones y tiempos, y en ajar reputaciones con sobrado trabajo y asaz justamente adquiridas. Estos señores formaban la corte del primero. Cada uno de ellos se afanaba por oírle, por tocarle la mano, por sonreírse cuando el se sonreía, por mostrarse graves cuando el grave se mostraba. ¿De donde dimanaba tal sumisión, tal respeto? ¿Era aquel señor uno de esos grandes artistas que viven en la oscuridad por no querer darse á conocer? ¿ó alguno de esos poetas sublimes, que lanzan sus improvisaciones á la brisa de la tarde para que á falta de editor, las recogan en sus alas? Nada de eso. Ese señor no tiene en el mundo oficio ni beneficio, ni ejerce ni cultiva ciencia ni arte alguno; pero medita la formación de un periódico diario, un periódico cual no se habrá visto en toda la redondez de la tierra, y ese señor es don Crispulo: he aquí el secreto de las atentas consideraciones de que es objeto.

Pero don Crispulo, aunque admite los obsequios de todos estos jóvenes pretendientes á una plaza de redactor, la mayor parte provincianos que han dejado sus casas por venir á darse á conocer en la corte, fija su particular atención en el mas rico, en el mas franco y liberal, en el que tiene una vocación mas firme y ardiente por la noble misión de escritor.

El privado del periodista futuro, del ministro en ciernes, es el joven Teodoro, el cual sintió hervir la vocación de poeta y de escritor en su pecho revestido con la toga de abogado, y en cuanto vió el aviso arriba mencionado, no pudo sufrir dilaciones, y declaró al autor de sus días que renunciaba provisionalmente á los laureles de Temis y á la ciencia del foro, carrera honrosa sin

duda alguna, pero nada conforme con los deseos de su alma y con la superioridad de su ingenio. Su padre al oírlo arrojó centellas por los ojos. Teodoro fue llamado á comparecer ante el consejo de familia; Teodoro se presentó en él con los blondos cabellos rizados, señal sediciosa. El Areópago principió á sermonearle con objeto de hacerle desistir de su empeño, diciéndole que si quería seguir la abogacía se casaría con Olimpia, la señorita mas rica y de mas elevada alcurnia del pueblo; y finalmente que parecia mas gallardo cuando llevaba los cabellos mas cortos. Todas estas razones no fueron bastantes á convencer á Teodoro. Tomó un billete en la diligencia, y partió cargado con la maldición de su padre, amen de seis mil reales, tercera parte de una pensión de veinte y cuatro mil, que este mismo padre juzgó conveniente unir á su maldición.

La ardiente vocación de Teodoro, y las demas circunstancias espresadas, le ganaron la privanza de don Crispulo, quien se prometió disminuir el peso de su bolsillo muy á su provecho, explotando las demas utilidades que tan adicto joven le proporcionaria.

Por la mañana, no bien la blonda aureola de los dorados sueños iluminó suavemente la frente rubicunda de don Crispulo, una mano tímida llama *piano pianissimo* á la puerta de su aposento. Ya es hora de levantarse. Don Crispulo ha dormido sin cuidado ninguno, porque está seguro de que Teodoro le ha de despertar á la hora que le ha encargado el día anterior.

—Entrad, dice con tono paternal. Ah! eres tú, Teodoro? Buenos días, querido! ¿qué noticias me das *quid novi*?

—Esa pregunta me tocaba á mi, responde Teodoro, cogiendo con temor un dedo de don Crispulo; la posición que vd. ocupa le pone en estado de saber muchas cosas... Descaria saber, si no tiene vd. inconveniente, en qué vamos de nuestro asunto.

—Oh! Esto marcha... marcha viento en popa. Dentro de ocellodías á lo mas, publicamos el prospecto con el nombre de los redactores y el cargo de cada uno. Tu ocupas un lugar muy distinguido. Oh! vas á hacer furor; te vas á dar á conocer muy pronto y en un asunto de tu gusto, porque te he destinado para que escribas las criticas de teatro.

—Ah! cuán agradecido estoy! Me hará vd. el singular placer de venir á desayunarse conmigo?

—No había pensado tomar mas que una taza de té, pero por complacer á un amigo, me haré la violencia de acompañarte.

—Dónde quiere vd. que vayamos?

—A cualquiera parte, á la primera fonda que encontremos, á la pastelería Suiza, si te parece... Tomaremos cualquier cosa. Yo no tengo apetito; estoy tan ocupado con mis proyectos... Esta noche he pensado dar otro título á nuestro periódico, me parece que es mas sonoro llamarle *El Camaleón*. Qué te parece?

—Muy bien, soberbio! Vamos, vamos á almorzar.

El entusiasmo del joven Teodoro hace maravillosos progresos. Teodoro es discípulo, criado, sombra y satélite de don Crispulo. Le ayuda á vestirse, le pone las trabillas, le cepilla el sombrero y le da el brazo. Cuando sale pregunta al portero si hay cartas, para tener el gusto de dárselas en propias manos. Don Crispulo recibe todos estos honores con la misma frialdad que si los mereciera, como una imagen acostumbrada á recibir incienso; y Teodoro, lejos de admirarse de esta apatía, de este orgulloso proceder, lo considera atributo indispensable del genio, y procura darse él tambien ese aire de satisfacción que le parece de sumo gusto. =V.

(Se concluirá.)

VARIETADES.

LICEO DE ZARAGOZA. La noche del 6 del corriente se verificó la sesión de apertura. Un concurso lucido y numeroso llenó el local destinado al efecto y previo el acto

de instalación y un brillante discurso inaugural pronunciado por don Mariano Gil y Alcaide; en el cual brillaban á la par el espíritu de patriotismo que ha distinguido siempre al autor, y los talentos de que se halla dotado. tomaron parte en la sesión las secciones de literatura y música, leyendo los señores de la primera varias composiciones poéticas, y luciendo los señores socios de ambos sexos de la segunda, las bellas disposiciones de que anteriormente han dado muestras en brillantísimos conciertos.

He aquí el programa de las diversas partes que constituyeron la función.

PRIMERA PARTE.

- 1.º Sinfonía nueva del maestro Solichol.
 - 2.º Acto de apertura por el Sr. Director.
 - 3.º Discurso inaugural por D. Mariano Gil y Alcaide, impugnando la acusación que algunos estrangeros hacen á España de no haber contribuido en nada á la ilustración general de Europa, probando por el contrario haber sido su maestra, ofreciéndola los primeros modelos en los mas importantes ramos del saber.
 - 4.º Himno al liceo, letra de D. Gerónimo Borao y música de D. Florencio Lahoz cantado por la sección de música.
 - 5.º Romanza por la señorita Ruiz.
 - 6.º Oda al Liceo por D. Gerónimo Borao.
- Poesía en variedad de metros á Zaragoza y su juventud, por D. Mariano Gil y Alcaide
- 7.º Duo de la *Semiramis*, por la señorita Ascaso y señor Loscos.
 - 8.º Duo del *Pirata*, por la señorita Zamora mayor y señor Ojeda.
 - 9.º Terceto de *Lucrecia Borgia*, por la señorita Peg, señores Perez y Loscos.

SEGUNDA PARTE.

10. Variaciones de piano con acompañamiento de orquesta, del maestro Herz, por el señor Meton.
 11. Al Liceo, soneto, por D. Tomás Chic.
- Al Liceo, oda por un anónimo.
12. Duo de la *Lucia de Lammermoor*, por la señorita Guillen y señor Perez.
 13. Aria de la *Lucia*, por la señorita Gomez.
 14. Duo del maestro Celli, por las señoritas Zamora menor y Cervero.
 15. Aria de la *Parissina*, por el Sr. Ojeda y Ceros.

DIVERSIONES PÚBLICAS

TEATRO DEL PRINCIPE. *Alas ocho y media de la noche:* 1.º Sinfonía de *La Gazza ladra*, á completa orquesta; 2.º La comedia de gracioso, en tres actos, titulada *El amigo íntimo*, en la que desempeñará el papel de protagonista el actor don Antonio de Guzman. En el intermedio del 1.º al 2.º acto tocará la orquesta la *sinfonía* oriental del maestro don Ramon Carnicer, y en el intermedio del 2.º al 3.º la de himnos patrióticos, arreglada por el mismo maestro; 3.º Sinfonía de *los Dos Figaros*, del maestro Mercadante, bailada por todas las parejas de la compañía; 4.º La graciosa improvisación original de don Manuel Breton de los Herreros y don Ventura de la Vega, titulada *El plan de un drama, ó la conspiración*; en la que se leerán algunas composiciones poéticas alusivas á la festividad del día: terminando con la *jota aragonesa*.

El teatro estará iluminado.

CIRCO OLÍMPICO. Hoy jueves á las ocho y media se ejecutará una variada función, cuyos programas se hallarán de venta en la puerta de entrada al Circo, á dos cuartos cada uno.

EDITOR, DON IGNACIO BOIX.

IMPRENTA DEL ENTREACTO.